



EL
CORAZÓN
DEL
MUNDO

UNA NUEVA HISTORIA
UNIVERSAL

CRÍTICA

PETER FRANKOPAN

PETER FRANKOPAN

EL CORAZÓN DEL MUNDO

Una nueva historia universal

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2016

El corazón del mundo. Una nueva historia universal
Peter Frankopan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Silk Roads*

© Peter Frankopan, 2015
Maps by ML Design

© de la traducción, Luis Noriega, 2016

© del diseño de la portada, Emma Ewbank
© de la imagen de la portada, JPRichard / Shutterstock

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-16-5
Depósito legal: B. 17.868 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

Capítulo 1

LA CREACIÓN DE LA «RUTA DE LA SEDA»

Desde el inicio de los tiempos, el centro de Asia era el lugar en el que se forjaban los imperios. Las tierras bajas de aluvión de Mesopotamia, alimentadas por el Tigris y el Éufrates, proporcionaron la base para el nacimiento de la civilización, pues fue en esta región donde cobraron forma los primeros pueblos y ciudades. La agricultura sistemática se desarrolló en Mesopotamia y a lo largo del Creciente Fértil, una franja de tierra altamente productiva con acceso a agua en abundancia que se extendía desde el golfo Pérsico hasta la costa del Mediterráneo. Fue aquí, hace casi cuatro mil años, cuando Hammurabi difundió algunas de las primeras leyes de las que se conservan registros, un código en el que el rey de Babilonia detallaba las obligaciones de sus súbditos y establecía los temibles castigos que conllevaba transgredirlas.¹

Aunque de este crisol surgieron muchos reinos e imperios, el mayor de todos fue el de los persas. En el siglo VI a. C. los persas se expandieron con rapidez desde su país de origen, en lo que hoy es el sur de Irán, y consiguieron dominar a sus vecinos: alcanzaron las orillas del Egeo, conquistaron Egipto y en su avance hacia el este llegaron hasta el Himalaya. A juzgar por lo que dice el historiador griego Heródoto, este éxito debía mucho a su capacidad de adaptación: «Los persas», escribió, «tienen una gran disposición a adoptar las costumbres extranjeras». No tenían inconveniente en cambiar su forma de vestir cuando llegaban a la conclusión de que la moda del rival derrotado era superior, lo que les llevó a tomar prestada la indumentaria utilizada tanto por los medos como por los egipcios.²

Esta disposición de los persas a adoptar ideas y prácticas nuevas fue importante, pues les permitió construir un sistema administrativo capaz de dirigir con fluidez un imperio que incluía muchos pueblos diferentes.

Una burocracia muy bien organizada supervisaba la gestión eficaz de la vida cotidiana dejando constancia de todo, desde los pagos realizados a los trabajadores que servían a la casa real hasta la validación de la cantidad y calidad de los artículos que se compraban y vendían en los mercados. Esa misma burocracia también tenía a su cargo el mantenimiento y la reparación del sistema de carreteras que cruzaba el imperio y que era la envidia del mundo antiguo.³

Una red de carreteras unía la costa de Asia Menor con Babilonia, Susa y Persépolis y permitía recorrer una distancia de más de dos mil quinientos kilómetros en apenas una semana, un logro que maravillaba a Heródoto, que anotó que ni la nieve ni el calor ni la lluvia impedían la veloz transmisión de los mensajes.⁴ Las inversiones en agricultura y el desarrollo de pioneras técnicas de irrigación para mejorar el rendimiento de las cosechas contribuyeron a apoyar el crecimiento de las ciudades, pues hicieron posible que poblaciones cada vez más grandes pudieran subsistir a partir de la producción de los campos circundantes, no solo en las ricas tierras agrarias que había a ambas orillas del Tigris y el Éufrates, sino también en los valles bañados por los caudalosos ríos Oxus y Yaxartes (hoy llamados Amu Daria y Sir Daria, respectivamente) así como en el delta del Nilo, que los ejércitos persas conquistaron en 525 a. C. El imperio persa era una tierra de abundancia que conectaba el Mediterráneo con el corazón de Asia.

Persia se presentaba a sí misma como un modelo de estabilidad y justicia, como muestra la inscripción trilingüe labrada en la pared de un acantilado en Behistún. Escrita en persa, elamita y acadio, esta inscripción refiere que Darío el Grande, uno de los reyes más conocidos de Persia, sofocó rebeliones y levantamientos, hizo retroceder a los invasores extranjeros y no agravió a los pobres ni a los poderosos. «Mantén el país seguro», manda la inscripción, «y cuida del pueblo con rectitud, pues la justicia es el cimiento del reino».⁵ La tolerancia de las minorías era legendaria; de hecho, otro rey persa, Ciro, es celebrado en la Biblia como «mesías» (ungido) y alguien bendecido por «Yahveh, el Dios de los cielos» debido a su política, que incluyó liberar a los judíos de su exilio en Babilonia.⁶

El florecimiento del comercio en la antigua Persia proporcionó a los gobernantes los ingresos necesarios para financiar expediciones militares que tenían como objetivo lugares capaces de aportar todavía más recursos al imperio, lo que a su vez les dio la posibilidad de permitirse gustos y placeres famosos por su extravagancia. Se erigieron edificios espectacu-

lares en las grandes ciudades de Babilonia, Persépolis, Pasargada y Susa, donde Darío construyó un palacio espléndido utilizando ébano y plata egipcios de la mayor calidad, cedro del Líbano, oro fino de Bactria, lapislázuli y bermellón de Sogdiana, turquesa de Jorasmia y marfil de la India.⁷ Los persas eran aficionados al placer y, de acuerdo con Heródoto, les bastaba tener noticias de un nuevo deleite para ansiar entregarse a él.⁸

La mancomunidad comercial estaba respaldada por un ejército agresivo que contribuía a ampliar las fronteras, pero que también necesitaba defenderlas. Había problemas persistentes al norte, un mundo dominado por nómadas que vivían con sus rebaños en cinturones de praderas semiáridas, las estepas, que se extendían a través de Asia Central, desde el mar Negro hasta Mongolia. Estos nómadas eran conocidos por su ferocidad: se decía que bebían la sangre de los enemigos y hacían ropa con sus cueros cabelludos y que, en algunos casos, comían incluso la carne de sus propios padres. En cualquier caso, la interacción con los nómadas resultaba compleja, pues a pesar de que era frecuente describirlos como caóticos e impredecibles, lo cierto es que eran socios importantes para el abastecimiento de animales y, en especial, de caballos. Sin embargo, también es cierto que los nómadas podían causar desastres, como cuando Ciro el Grande, el arquitecto del imperio persa en el siglo VI a. C., pereció intentando subyugar a los escitas; según las crónicas, los vencedores decapitaron al rey y metieron su cabeza en un odre lleno de sangre humana para que pudiera saciar por fin la sed de poder que le dominaba.⁹

No obstante, ese fue un revés inusual y no detuvo la expansión persa. Los líderes griegos miraban hacia el este con una mezcla de temor y respeto, tratando de aprender las tácticas persas en el campo de batalla y de adoptar su técnica. Autores como Esquilo utilizaron los triunfos contra los persas como una forma de celebrar la pericia militar griega y demostrar el favoritismo de los dioses, conmemorando la resistencia heroica a los invasores en dramas y obras épicas.¹⁰

«He venido a Grecia», dice Dioniso en las primeras líneas de *Las baccantes*, desde el «este fabulosamente rico», donde el sol baña las mesetas de Persia, los muros protegen las ciudades de Bactria y torres de hermosa construcción dominan las regiones costeras. En Asia y Oriente se encontraban las tierras que Dioniso había puesto a «danzar» con los misterios divinos mucho antes que las de los griegos.¹¹

Nadie estudió esas obras con mayor aplicación que Alejandro de Macedonia. Cuando ascendió al trono en 336 a. C. tras el asesinato de su padre, el brillante rey Filipo, no cabía duda de hacia dónde se dirigiría el joven general en búsqueda de gloria. Ni por un instante miró en dirección a Europa, que no ofrecía nada en absoluto: ni ciudades, ni cultura, ni prestigio, ni recompensas. Para Alejandro, como para todos los griegos de la Antigüedad, la cultura, las ideas y las oportunidades, así como las amenazas, procedían de Oriente. De modo que no fue una sorpresa que su mirada se posara en la potencia más grande del mundo antiguo: Persia.

Tras desalojar a los gobernadores persas de Egipto en un ataque relámpago en 331 a. C., Alejandro lanzó un ataque sin cuartel contra el corazón del imperio. La confrontación decisiva tuvo lugar después, ese mismo año, en las polvorientas llanuras de Gaugamela, cerca de lo que hoy es la ciudad de Erbil, en el Kurdistán iraquí, donde Alejandro infligió una derrota espectacular al ejército persa bajo el mando de Darío III, que era enormemente superior. El hecho de que el macedonio estuviera en plena forma tras una noche de buen sueño quizá contribuyera a la victoria: según Plutarco, Alejandro insistió en descansar antes de enfrentarse al enemigo y durmió tan profundamente que sus oficiales, preocupados, tuvieron que emplearse a fondo para despertarle. Vestido con su atuendo favorito y un casco tan pulido que «brillaba como la plata más refinada», tomó la leal espada con la mano derecha y condujo a sus soldados a una victoria aplastante que le abrió las puertas de un imperio.¹²

Discípulo de Aristóteles, que fue su tutor, Alejandro creció con grandes expectativas sobre los hombros. No decepcionó. Después de destrozarse a los ejércitos persas en Gaugamela, siguió avanzando hacia el este. Una ciudad tras otra se rindieron ante él a medida que fue apoderándose de los territorios antes controlados por sus rivales. Lugares legendarios por sus dimensiones, riqueza y belleza cayeron ante el joven héroe. Cuando Babilonia se rindió, la población cubrió la carretera que conducía a la gran ciudad con flores y guirnaldas y se instalaron altares de plata con pilas de incienso y perfumes a uno y otro lado de la vía. Jaulas con leones y leopardos le fueron presentadas como obsequio.¹³ Alejandro y sus hombres no tardaron en tomar todos los puntos a lo largo del camino real que unía las principales ciudades de Persia y la red de comunicaciones que conectaba la costa de Asia Menor con Asia Central.

Aunque algunos eruditos modernos lo reducen a poco más que un «matón juvenil borracho», Alejandro parece haber poseído un tacto sorprendentemente delicado a la hora de tratar con territorios y pueblos re-

cién conquistados.¹⁴ Solía ser comprensivo con las creencias y prácticas religiosas locales, por las que mostraba tolerancia y también respeto: por ejemplo, se cuenta que le disgustó tanto la forma en que la tumba de Ciro el Grande había sido profanada que no solo ordenó su restauración, sino que castigó a los culpables del expolio.¹⁵ Después de que se hallara abandonado en una carreta el cuerpo de Darío III, que había sido asesinado por uno de sus propios lugartenientes, Alejandro se aseguró de que recibiera un funeral acorde con su rango y fuera sepultado junto a otros soberanos persas.¹⁶

Otra razón por la que Alejandro consiguió poner más territorios bajo su dominio fue su disposición a contar con las élites locales. «Si no queremos solo atravesar Asia sino conservarla», se afirma que dijo, «debemos ser clementes con estas gentes; será su lealtad la que haga estable y permanente nuestro imperio».¹⁷ Se permitió que los funcionarios locales y los miembros de la vieja élite conservaran sus posiciones y se ocuparan de administrar las ciudades y los territorios conquistados. El propio Alejandro decidió adoptar los títulos tradicionales y vestirse con prendas persas para subrayar su aceptación de las costumbres locales. Le gustaba presentarse no tanto como conquistador e invasor, sino como el último heredero de un reino antiguo, a pesar de quienes aseguraban a todo el que estuviera dispuesto a escuchar que solo había llevado miseria y bañado de sangre la tierra.¹⁸

Es importante recordar que gran parte de la información que tenemos acerca de las campañas, triunfos y políticas de Alejandro procede de historiadores posteriores, relatos con frecuencia idealizados en extremo, que transpiran emoción y entusiasmo al narrar las hazañas del joven general.¹⁹ No obstante, si bien hemos de mirar con cautela la forma en que las fuentes se ocupan de la caída de Persia, la rapidez con la que Alejandro continuó extendiendo la frontera hacia al este evidencia su propia historia. Lleno de energía, fundó nuevas ciudades, que él solía bautizar con su nombre, pero que hoy conocemos con otras denominaciones, como Herat (Alejandría de Aria), Kandahar (Alejandría de Aracosia) y Bagram (Alejandría del Cáucaso). La construcción de estos puestos, y el refuerzo de otros más al norte, hasta el valle de Ferganá, creó una nueva serie de puntos a lo largo de la columna vertebral de Asia.

La construcción de nuevas ciudades dotadas de defensas poderosas, así como de fortalezas y fuertes independientes, tenía como objetivo principal hacer frente a la amenaza que planteaban las tribus de las estepas, que eran expertas en lanzar ataques devastadores contra las comunidades

rurales. El programa de fortificaciones de Alejandro se concibió para proteger las nuevas áreas que solo recientemente había sido posible conquistar. Entre tanto, más al este, y en la misma época, una inquietud similar recibía una respuesta similar. Para entonces, los chinos ya habían desarrollado la idea de la *huaxia*, que representaba el mundo civilizado en contraposición al desafío que suponían los pueblos de las estepas, y animados por el mismo principio adoptado por Alejandro, es decir, que la expansión sin defensa era inútil, emprendieron un programa intensivo de construcciones que amplió una red de fortificaciones en lo que terminaría siendo la Gran Muralla china.²⁰

Alejandro, por su parte, continuó luchando de forma implacable. Cruzó el Hindú Kush y marchó hacia el sur por el valle del Indo, fundando a su paso nuevos fuertes y dejando guarniciones para su defensa, si bien comenzaron a ser frecuentes los gritos de protesta de sus hombres, cada vez más cansados de la guerra y deseosos de volver a casa. Desde una perspectiva militar, los logros alcanzados hasta el momento de su muerte, a la edad de treinta y dos años en Babilonia (323 a. C.), y en circunstancias que siguen envueltas en el misterio, son nada menos que sensacionales.²¹ La rapidez y la extensión de sus conquistas fueron asombrosas. Y no menos impresionante (aunque con frecuencia se suele pasar por alto) fue la magnitud del legado que dejó tras de sí y el modo en que las influencias de la Grecia antigua se mezclaron con las de Persia, las de la India, las de Asia Central y, llegado el momento, también las de China.

Si bien a la muerte repentina de Alejandro sucedió un periodo de agitación y luchas intestinas entre sus principales generales, no tardó en surgir un líder para la mitad oriental de los nuevos territorios: un oficial nacido en el norte de Macedonia llamado Seleuco que había participado en todas las expediciones importantes del rey. Apenas unos pocos años después de la muerte de su señor, Seleuco se había convertido en gobernador de las tierras que se extendían desde el Tigris hasta el Indo, un territorio tan vasto que más que un reino parecía un imperio por derecho propio. Allí fundó la dinastía que iba a gobernar la región durante casi tres siglos, los seléucidas.²² Las victorias de Alejandro a menudo se suelen minimizar con facilidad como una serie brillante de conquistas a corto plazo y por lo general se considera que su legado fue básicamente efímero. Sin embargo, sus logros no fueron en absoluto pasajeros, sino el comienzo de un nuevo capítulo en la historia de la región que se extiende desde el Mediterráneo hasta el Himalaya.

Las décadas que siguieron a la muerte de Alejandro fueron protago-

nistas de un programa de helenización inconfundible, en el que ideas, temas y símbolos de la Grecia antigua se introdujeron gradualmente en Oriente. Los descendientes de sus generales recordaban sus raíces griegas y las subrayaron de forma deliberada; por ejemplo, en las monedas acuñadas en las cecas de las principales ciudades, a saber, las situadas en puntos importantes a lo largo de las rutas comerciales o en centros agrarios especialmente dinámicos. La forma de esas monedas se estandarizó: una imagen del gobernante en el anverso, con una diadema para contener sus rizos y mirando invariablemente hacia la derecha, como hiciera Alejandro; y una imagen de Apolo en el reverso, siempre identificado con letras griegas.²³

La lengua griega se oía (y veía) a lo largo y ancho de Asia Central y el valle del Indo. En Ai-Janoum, en el norte de Afganistán, una de las nuevas ciudades fundadas por Seleuco, se grabaron máximas de Delfos en un monumento como la siguiente:

En la infancia, compórtate.
En la juventud, contrólate.
En la madurez, sé justo.
En la vejez, sé sabio.
En la agonía, no sufras.²⁴

Más de un siglo después de la muerte de Alejandro, el griego seguía siendo usado de forma cotidiana por los funcionarios, como demuestran los comprobantes fiscales y los documentos relacionados con el salario de los soldados de Bactria que datan del año 200 a. C., aproximadamente.²⁵ De hecho, la lengua griega tuvo una gran penetración en el subcontinente indio. Algunos de los edictos promulgados por el emperador mauria Asoka, el más importante de los primeros gobernantes de la India, tenían una traducción griega paralela, de la que evidentemente se beneficiaba la población local.²⁶

La vitalidad del intercambio cultural que produjo el choque de Europa y Asia fue asombrosa. Las estatuas de Buda solo aparecen después de que el culto de Apolo hubiera arraigado en la región de Gandhara y en el oeste de la India. Los budistas se sintieron amenazados por el éxito de las nuevas prácticas religiosas y empezaron a crear imágenes visuales propias. De hecho, la correlación no es solo temporal, en cuanto a la fecha de aparición de las primeras estatuas de Buda, sino estilística: la apariencia y el diseño de las estatuas sugieren que tuvieron como modelo las de Apolo,

pues tal era el impacto de la influencia griega. Hasta entonces, los budistas habían evitado voluntariamente las representaciones visuales; fue la competencia lo que les obligó a reaccionar, tomar prestado e innovar.²⁷

Los altares de piedra adornados con inscripciones griegas, las imágenes de Apolo y las exquisitas miniaturas de Alejandro hechas en marfil procedentes de lo que hoy es el sur de Tayikistán revelan cuán lejos penetraron las influencias occidentales.²⁸ E igual suerte tuvo la impresión de que la cultura importada del Mediterráneo era superior, al menos en algunos aspectos. En la India, por ejemplo, los griegos eran reconocidos en general por su talento científico: «Son bárbaros», dice el texto conocido como *Gārgī Samhitā*, «no obstante, la ciencia de la astronomía se originó con ellos y por ese hecho merecen ser venerados como dioses».²⁹

Según Plutarco, Alejandro se aseguró de que la teología griega se enseñara a lo largo y ancho del imperio, hasta la India, y en consecuencia, los dioses del Olimpo empezaron a ser venerados por toda Asia. En Persia, y más al este incluso, los jóvenes varones se formaban leyendo a Homero y «cantando las tragedias de Sófocles y Eurípides», mientras que la lengua griega se estudiaba en el valle del Indo.³⁰ Esto quizá explica por qué es posible detectar ciertos préstamos en las grandes obras literarias de la Antigüedad. Se ha propuesto, por ejemplo, que el *Rāmāyana*, la gran epopeya sánscrita del siglo III a. C., es deudora de la *Iliada* y la *Odisea*, pues el motivo del rapto de Sita a manos de Rāvaṇa sería un eco directo de la fuga de Helena con Paris de Troya. Las influencias y la inspiración, sin embargo, no viajaron en una sola dirección, y algunos estudiosos sostienen que textos indios como el *Mahābhārata* influyeron a su vez en la composición de la *Eneida*.³¹ Las ideas, las historias y los temas circulaban de un lado a otro por las carreteras, difundidos por los viajeros, los comerciantes y los peregrinos; las conquistas de Alejandro de algún modo propiciaron una apertura mental, tanto en las tierras conquistadas como en las de la periferia y más allá, a medida que la población local entraba en contacto con nuevas ideas, nuevas imágenes y nuevos conceptos.

Incluso las culturas de las inhóspitas estepas se vieron afectadas por las nuevas tendencias, como resulta visible en los exquisitos objetos funerarios hallados en las tumbas de las figuras de alto rango sepultadas en Tillya Tepe, en el norte de Afganistán, en los que es posible apreciar la influencia artística de Grecia, así como de Siberia, la India y otros lugares. Los bienes suntuarios ingresaban en el mundo nómada a cambio de reses y caballos y, en ocasiones, como tributo pagado a cambio de la paz.³²

Las ambiciones cada vez mayores de China aceleraron la integración de las estepas en este mundo cada vez más entrelazado e interconectado. Bajo la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.), las oleadas expansionistas fueron empujando la frontera hasta finalmente alcanzar una provincia que entonces se llamaba Xiyu («regiones occidentales»), pero que en la actualidad conocemos como Xinjiang («nueva frontera»). Esta provincia se encuentra más allá del corredor de Gansu, la ruta de más de novecientos cincuenta kilómetros que une el interior de China con la ciudad oasis de Dunhuang, un cruce de caminos en el borde del desierto de Taklamakán. En este punto había la posibilidad de elegir entre dos rutas potencialmente igual de traicioneras, la septentrional y la meridional, que convergían en Kasgar, una ciudad situada en la conjunción de la cordillera del Himalaya, la cordillera del Pamir, la cordillera de Tian Shan y el Hindú Kush.³³

La expansión de los horizontes de China contribuyó a conectar el continente asiático. Hasta entonces, esas redes habían estado bloqueadas por los yuezhi y, sobre todo, los xiongnu, tribus nómadas que como los escitas de Asia Central eran motivo de inquietud constante, pero también importantes socios comerciales como proveedores de ganado: autores del siglo II a. C., durante la dinastía Han, mencionan decenas de miles de reses compradas a los pueblos de las estepas.³⁴ No obstante, era la demanda china de caballos la que resultaba prácticamente insaciable; la razón era la necesidad de mantener una fuerza militar eficaz para mantener el orden interno del país y preparada en todo momento para responder a los ataques e incursiones de los xiongnu y demás tribus. Los caballos de la región occidental de Xinjiang eran muy apreciados, y los jefes tribales podían hacerse ricos comerciando con ellos. En una ocasión, un jefe yuezhi intercambió unos caballos por una gran remesa de mercancías que luego vendió a otros, una operación en la que multiplicó diez veces su inversión.³⁵

Las monturas más famosas y valiosas se criaban en el valle de Ferganá, al otro lado de la espectacular cordillera del Pamir, que se extiende a lo largo de lo que hoy es el oriente de Tayikistán y el noreste de Afganistán. Muy admirados por su fortaleza, los escritores chinos decían que esos caballos eran descendientes de dragones y los llamaban *hanxue ma*, «los que sudan sangre», por el color rojo de su sudor (una característica que podía deberse tanto a la acción de un parásito local como a que tuvieran una piel inusualmente delgada, lo que les hacía propensos a la ruptura de vasos sanguíneos durante el esfuerzo). Algunos ejemplares particularmente magníficos, a los que con frecuencia se denomina *tianma* («caballo

divino o celestial»), se convirtieron en celebridades por derecho propio, hasta el punto de inspirar poemas, esculturas y pinturas.³⁶ Y algunos incluso acompañaron a sus dueños a la otra vida: un emperador fue enterrado junto con ochenta de sus corceles preferidos en una tumba custodiada por las estatuas de dos sementales y un guerrero de terracota.³⁷

Las relaciones con los xiongnu, que dominaban las estepas de Mongolia y las praderas del norte de China, no siempre eran fáciles. Los historiadores contemporáneos los describen como una tribu de bárbaros capaces de comer carne cruda y beber sangre; ciertamente, dice uno de ellos, son un pueblo «abandonado por los cielos».³⁸ Aprendían a cazar desde niños: primero, ratas y pájaros; después, zorros y liebres. Los chinos estaban dispuestos a pagarles tributo con tal de no correr el riesgo de que atacaran sus ciudades. Con regularidad enviaban embajadas a visitar a los nómadas, que en nombre del emperador preguntaban cortesmente por la salud del líder supremo.³⁹ Surgió así un sistema de tributo formal en el que, a cambio de la paz, los nómadas recibían regalos suntuosos, como arroz, vino y textiles. El artículo más importante que incluían los regalos era la seda, un género que los nómadas apreciaban por su textura y liviandad y utilizaban como forro en prendas de vestir y ropa de cama. La seda era también un símbolo de poder político y social: involucrarse en cantidades enormes del precioso género era una de las formas en que el *chanyu* (jefe supremo de la tribu) subrayaba su propio estatus y recompensaba a quienes le rodeaban.⁴⁰

Las sumas que los chinos pagaban a cambio de la paz eran considerables. En el año 1 a. C., por ejemplo, los xiongnu recibieron treinta mil rollos de seda y una cantidad similar de seda cruda, además de trescientas setenta prendas.⁴¹ A algunos funcionarios les gustaba pensar que el gusto por el lujo de la tribu sería su perdición. «Ahora [os habéis] aficionado a las cosas chinas», dijo con descaro un enviado a un líder tribal. Las costumbres de los xiongnu estaban cambiando. China, predijo con confianza, «terminará conquistando toda la nación xiongnu».⁴²

Eso era hacerse ilusiones. De hecho, la diplomacia utilizada para mantener la paz y las buenas relaciones tenía un precio tanto desde el punto de vista económico como desde el político: pagar el tributo era costoso y suponía una señal de debilidad política. Por tanto, y a su debido tiempo, los Han resolvieron lidiar con los xiongnu de una vez y para siempre. Primero, se hizo un esfuerzo coordinado para tomar el control de las regiones occidentales de Xiyu, que tenían una agricultura muy rica; los nómadas se vieron obligados a retroceder a medida que los chinos fueron

haciéndose con el control del corredor de Gansu en una serie de campañas que se prolongó durante diez años y terminó en 119 a. C. Al oeste se encontraba la cordillera del Pamir y, más allá, un mundo nuevo. China había abierto una puerta que conducía a una red transcontinental; fue en ese momento cuando nacieron las «rutas de la seda».

La expansión de China estuvo acompañada de un interés cada vez mayor por lo que había más allá de sus fronteras. El gobierno encargó a representantes oficiales que investigaran y escribieran informes sobre las regiones que se encontraban al otro lado de las montañas. Uno de esos testimonios ha sobrevivido hasta nuestra época, el *Shi Ji* [Memorias históricas] escrito por Sima Qian, el hijo del gran historiador (*taishi*) de la corte imperial, quien continuó trabajando en el documento incluso después de haber sido deshonrado y castrado por osar defender a un general joven e impetuoso que había conducido a sus tropas a la derrota.⁴³ De forma cuidadosa, Sima Qian expuso lo que había conseguido descubrir acerca de la historia, la economía y los ejércitos de los pueblos del valle del Indo, Persia y Asia Central. Los reinos de Asia Central, anotó, se habían debilitado debido a la presión de los nómadas desplazados por las fuerzas chinas, que habían tenido que dirigir su atención a otros lugares. Los habitantes de esos reinos, escribió, eran «ineptos en el uso de las armas, pero ingeniosos en materia de comercio», prueba de lo cual eran los prósperos mercados de la capital, Bactra, «donde se compran y venden toda clase de mercancías».⁴⁴

El comercio entre China y el mundo más allá de sus fronteras se desarrolló con lentitud. Cruzar las rutas a lo largo del borde del desierto de Gobi no era sencillo, sobre todo después de la Puerta de Jade, el puesto fronterizo por el que salían las caravanas de mercaderes de camino al oeste. Viajar de un oasis a otro por terreno traicionero era difícil, ya fuera que su ruta les llevara a través del desierto de Taklamakán, por los pasos de las montañas de Tian Shan o por la cordillera del Pamir. En el camino había que soportar temperaturas extremas, y esa es una de las razones por las que el camello bactriano era tan apreciado. Además de ser lo bastante resistentes como para hacer frente a las duras condiciones del desierto, estos animales identificaban con antelación las mortíferas tormentas de arena, que como observa un autor de la época, les hacían «levantarse de inmediato y ponerse a gruñir», una señal para que los comerciantes y jefes de la caravana «se cubran las narices y la boca envolviéndolas con fieltro». No obstante, los camellos estaban lejos de ser pronosticadores infalibles, y las fuentes mencionan el gran número de esqueletos y animales

muertos que se veían a lo largo de las rutas.⁴⁵ En circunstancias tan severas, las recompensas tenían que ser muy altas para que valiera la pena correr el riesgo. Aunque era posible encontrar a la venta bambú y telas fabricadas en Sichuan en los mercados de Bactria, a miles de kilómetros de distancia, las mercancías que se transportaban a semejantes distancias eran sobre todo las raras y de gran valor.⁴⁶

La principal de estas era la seda. Aparte del valor que le daban las tribus nómadas, la seda tenía varias funciones importantes en el mundo antiguo. Durante la dinastía Han se usaba, junto con el dinero en metálico y el grano, para pagar a los soldados. En cierto sentido, era la moneda más fiable: producir dinero en cantidades suficientes era difícil y el hecho de que no todo el país estuviera monetizado suponía un problema; las dificultades era particularmente evidentes cuando se trataba de pagar al ejército, pues los escenarios de acción solían estar situados en regiones remotas, en las que el dinero en metálico era prácticamente inútil. El grano, por su parte, tenía el inconveniente de que pasado un tiempo se pudría. En consecuencia, era habitual usar rollos de seda cruda como moneda, ya fuera para pagar los salarios o, como en el caso de un monasterio budista de Asia Central, cancelar las multas que se imponían a los monjes que quebrantaban las reglas del centro.⁴⁷ La seda se convirtió al mismo tiempo en una divisa internacional y en un artículo de lujo.

Los chinos también regularon el comercio mediante la creación de un marco formal para el control de los comerciantes que llegaban de los territorios extranjeros. Los treinta y cinco mil textos conservados en Xuanquan, una ciudad con una guarnición militar no lejos de Dunhuang, forman un corpus extraordinario que nos ofrece una imagen vívida de los entresijos de una población situada en el cuello del corredor de Gansu. Gracias a esos textos, escritos en tablillas de bambú y de madera, sabemos que los visitantes que entraban en China tenían que seguir una ruta determinada, recibían permisos de tránsito por escrito y eran contados regularmente por los funcionarios gubernamentales con el fin de garantizar que todo el que entraba en el país regresaba al suyo llegado el momento. De forma similar al fichero de clientes de un hotel moderno, se llevaba un registro de cada visitante en el que se señalaba cuánto gastaba en comida y se consignaba el lugar de procedencia, el título y el destino.⁴⁸

Tales medidas no han de entenderse como una forma de vigilancia recelosa, sino más bien como un recurso para saber con exactitud quién entraba y salía de China, qué hacía en el país y, sobre todo, para dejar constancia del valor de los bienes comprados y vendidos con fines adua-

neros. La sofisticación de las técnicas y su temprana implementación revelan la forma en que las cortes imperiales de la capital, ya fuera Chang'an (la moderna Xi'an) o, desde el siglo I d. C., Luoyang, lidiaron con un mundo que parecía encogerse ante sus ojos.⁴⁹ Hoy solemos pensar en la globalización como un fenómeno exclusivamente moderno, pero hace dos mil años era también una realidad, una que ofrecía oportunidades, creaba problemas y animaba el progreso tecnológico.

Entre tanto, los sucesos que estaban teniendo lugar a miles de kilómetros de distancia sirvieron para estimular la demanda de artículos de lujo y generar la capacidad de pagar por ellos. En Persia, los descendientes de Seleuco fueron derrocados hacia 247 a. C. por Arsaces, un hombre cuyos orígenes siguen siendo oscuros. Sus descendientes, conocidos como los arsácidas, consolidaron su control del poder y procedieron a extenderlo, apropiándose con habilidad de la historia para fundir ideas griegas y persas en una nueva identidad cada vez más coherente y sólida. El resultado fue una época de estabilidad y prosperidad.⁵⁰

No obstante, el mayor estímulo de todos procedió de lo que estaba ocurriendo en el Mediterráneo. Una ciudad pequeña, en una ubicación poco prometedora hacia la mitad de la costa oeste de Italia, había logrado dejar de ser una provincia atrasada para convertirse lentamente en una potencia regional. Tras someter una tras otra a las ciudades-estado de la costa, Roma se hizo con el dominio del Mediterráneo occidental. Para mediados del siglo I a. C., sus ambiciones de expansión estaban creciendo de forma espectacular y la atención se centraba con firmeza en el este.

Roma había evolucionado hacia un estado intensamente competitivo que glorificaba las artes militares y aclamaba la violencia y la muerte. Los combates de gladiadores eran la base del ocio público, un espacio para celebrar de forma brutal el dominio tanto sobre los pueblos extranjeros como sobre la naturaleza. Los arcos del triunfo erigidos por toda la ciudad proporcionaban un recordatorio cotidiano de las victorias militares a la ajetreada población. El militarismo, la valentía y el amor a la gloria se cultivaban con esmero como las características clave de una ciudad ambiciosa cuyo alcance siempre estaba extendiéndose.⁵¹

La columna vertebral del poder romano era el ejército, un cuerpo adaptado y perfeccionado de acuerdo con estándares muy exigentes. Se esperaba que los soldados fueran capaces de marchar más de treinta kilómetros en cinco horas, al tiempo que cargaban con un equipo de al menos

veinte kilos de peso. El matrimonio no solo era mal visto, sino que estaba específicamente prohibido con el fin de mantener a los reclutas unidos entre sí. Los cuerpos formados por varones jóvenes, muy bien adiestrados, en plena forma y apasionados, a los que se había educado para confiar en sus capacidades y estar convencidos de su destino, eran la roca sobre la que Roma había sido construida.⁵²

La conquista de la Galia (en términos generales, el área que hoy ocupan Francia y los Países Bajos y parte de Alemania occidental) en 52 a. C. trajo consigo un botín considerable, suficiente para causar una corrección del precio del oro en el Imperio Romano.⁵³ Sin embargo, en Europa no había muchos otros lugares de los cuales apoderarse, y muy pocos de ellos eran prometedores. Lo que hacía grandes a los imperios era tener una gran cantidad de ciudades que produjeran rentas gravables; lo que los hacía espectaculares, desde un punto de vista cultural, eran los artistas y artesanos que desarrollaban nuevas ideas cuando clientes ricos competían entre sí por sus servicios y les recompensaban por su destreza. Era improbable que la incorporación a los territorios imperiales de lugares como Bretaña resultara lucrativa para Roma: como atestiguan las cartas escritas en pizarra que los soldados establecidos en Bretaña enviaban a sus hogares, la provincia era sinónimo de aislamiento lúgubre y estéril.⁵⁴

Pero la transición de Roma hacia el imperio tuvo poco que ver con Europa o con establecer el control a lo largo de un continente en el que escaseaban la clase de recursos y ciudades que servían para atraer consumidores y contribuyentes. Lo que impulsó a Roma a una nueva era fue la reorientación hacia el Mediterráneo oriental y más allá. El éxito y la gloria romanos fueron consecuencia, en primer lugar, de la conquista de Egipto, y después, de haber conseguido establecerse en el este, en Asia.

Gobernado durante casi trescientos años por los descendientes de Ptolomeo, uno de los lugartenientes de Alejandro Magno, Egipto había acumulado una riqueza fabulosa alrededor del Nilo, cuyas crecidas producían unas cosechas de cereales prodigiosas. Tales cosechas no solo eran suficientes para alimentar a la población local, sino que proporcionaban excedentes espléndidos que permitieron que Alejandría, en la desembocadura del río, creciera hasta convertirse en la ciudad más grande del mundo, según un autor contemporáneo, que calculaba que en el siglo I a. C. tenía una población de alrededor de trescientos mil habitantes.⁵⁵ Los cargamentos de grano se supervisaban con gran cuidado. Los capitanes tenían que prestar el juramento real cada vez que llenaban sus barcasas, momento en

el que un representante del escriba oficial les expedía un recibo; solo entonces se liberaba el grano para que se procediera a cargarlo.⁵⁶

Hacia mucho tiempo que Roma había puesto su codiciosa mirada en Egipto y aprovechó la oportunidad cuando la reina Cleopatra se enredó en la turbia lucha por el control político que tuvo lugar después del asesinato de Julio César. La reina egipcia tomó la decisión fatídica de unir su suerte a la de Marco Antonio, y tras la derrota sufrida en la batalla de Accio (30 a. C.), no tardó en ver cómo el ejército romano dirigido por Octavio, un maestro del cálculo político, se cernía sobre Alejandría. Después de una serie de decisiones defensivas en las que se combinaron una profunda negligencia y la incompetencia más burda, Cleopatra se suicidó, ya fuera dejándose morder por una serpiente venenosa o quizá tomando ella misma el veneno. Egipto cayó como una fruta madura.⁵⁷ Octavio había salido de Roma como general; regresó convertido en dirigente supremo, y el Senado, agradecido, pronto le otorgaría un nuevo título: Augusto. Roma se había convertido en un imperio.

La conquista de Egipto transformó la suerte de Roma. Ahora que controlaba las vastas cosechas del valle del Nilo, el precio del grano cayó, lo que dio un importante empuje al poder adquisitivo de los hogares. Las tasas de interés se desplomaron, al caer aproximadamente del 12 al 4 por ciento, lo que a su vez avivó el auge que suele acompañar a las avalanchas de dinero barato: un aumento rápido de los precios de la propiedad inmobiliaria.⁵⁸ El incremento de la renta disponible fue tan pronunciado que el emperador consiguió elevar en un 40 por ciento el umbral económico que cualificaba para ser miembro del Senado.⁵⁹ Como al mismo Augusto le gustaba alardear, había encontrado una Roma hecha de ladrillo y la dejó de mármol.⁶⁰

Esta riqueza creciente era el resultado de la implacable expropiación por parte de Roma de las rentas tributarias de Egipto y, en general, de los enormes recursos del país. Equipos de inspectores fiscales se desplegaron a lo largo y ancho de Egipto para imponer un nuevo impuesto de capitación que habían de pagar todos los hombres entre los dieciséis y los sesenta años de edad. En unos casos especiales, muy pocos, se otorgaron exenciones: por ejemplo, a los sacerdotes, que lograron evitar el impuesto, pero solo después de que sus nombres hubieran quedado consignados en los registros de los templos.⁶¹ Estas medidas formaban parte de un sistema que un historiador ha calificado como «*apartheid* antiguo» y que tenía por objetivo maximizar el flujo de dinero que llegaba a Roma.⁶²

El proceso de apropiación de las rentas se repitió en otros lugares a

medida que los tentáculos de la expansión económica y militar de Roma continuaban extendiéndose. Poco después de la anexión de Egipto, se enviaron asesores fiscales a Judea para realizar un censo, una vez más con el fin de garantizar que los impuestos pudieran calcularse con exactitud. Dando por sentado que el modelo utilizado fue el mismo que se empleó en Egipto, el cual estipulaba que debían registrarse todos los nacimientos y defunciones así como el nombre de todos los varones adultos, la llegada al mundo de Jesucristo acaso fuera registrada por un funcionario al que la identidad del niño y de los padres no interesaba tanto como lo que el nacimiento representaba para el imperio, es decir, una mano de obra adicional y un futuro contribuyente.⁶³

El mundo que encontró en Oriente abrió los ojos de Roma. Asia ya era célebre como el continente del lujo ocioso y la buena vida. Era indescribiblemente rica, escribió Cicerón: allí las cosechas eran legendarias; la variedad de la producción agraria, increíble; el tamaño de las manadas y rebaños, sencillamente asombroso; las exportaciones, colosales.⁶⁴ Tanta era la riqueza de Asia que los romanos pensaban que sus habitantes podían permitirse vivir dedicados a los placeres mundanos. No es de extrañar que fuera en Oriente donde los soldados romanos se hacían hombres, escribió el poeta Salustio: era allí donde las tropas aprendían a hacer el amor, a embriagarse y a disfrutar de las estatuas y las pinturas y el arte. Eso difícilmente era algo bueno, al menos en lo que respecta a Salustio. Asia quizá fuera «voluptuosa y permisiva», pero «sus placeres pronto ablandaban el espíritu belicoso de los soldados».⁶⁵ Presentado en estos términos, el este era la antítesis de todo lo que representaba la Roma dura y marcial.

Augusto realizó un esfuerzo concertado por entender lo que había más allá de las nuevas fronteras orientales. Se enviaron fuerzas expedicionarias al reino de Axum, en la moderna Etiopía, y al reino sabeo de Yemen, mientras que la exploración del golfo de Áqaba había empezado incluso antes de que Roma hubiera consolidado su poder en Egipto.⁶⁶ Luego, en el año 1 a. C., Augusto mandó hacer una inspección detallada a ambos lados del golfo Pérsico con el fin de conocer el comercio en esa región y el modo en que las rutas marítimas se conectaban con el mar Rojo. Asimismo, supervisó la investigación de las rutas terrestres que se adentraban en Asia Central a través de Persia. De esa época data el texto conocido como las *Stathmoi Parthikoi* [Estaciones partas], que recoge las distancias entre varios puntos clave en el este y expone con cuidado los lugares más importantes en el itinerario que va desde el Éufrates hasta Alejandrópolis, la moderna Kandahar, en Afganistán.⁶⁷

El horizonte de los mercaderes se amplió de forma considerable. Según el historiador Estrabón, a los pocos años de la ocupación de Egipto eran ya ciento veinte los barcos romanos que zarpaban anualmente hacia la India desde el puerto de Myos Hormos, en el mar Rojo. El intercambio comercial con la India no fue tanto una apertura como una explosión, como resulta patente en la extraordinaria riqueza del registro arqueológico del subcontinente. En una amplia variedad de yacimientos, en lugares como Pattanam, Kolhapur y Coimbatore, se han recuperado ánforas, lámparas, espejos y estatuas de dioses romanos.⁶⁸ Se han hallado tantísimas monedas de la época del reinado de Augusto y sus sucesores en la costa occidental de la India y en las islas Laquedivas que algunos historiadores argumentan que los gobernantes locales utilizaban las monedas romanas de oro y plata como moneda propia o, quizá, las fundían para reutilizar esos metales.⁶⁹

La literatura tamil de este periodo da a conocer una historia similar y da cuenta con entusiasmo de la llegada de los comerciantes romanos. Un poema habla del «vino fresco y perfumado» que los romanos traen en «buenos barcos», mientras que otro canta emocionado: «Los barcos grandes y hermosos [...] llegan, trayendo oro, salpicando la blanca espuma sobre las aguas del [río] Periyar, y luego regresan cargados con pimienta. Aquí la música del oleaje nunca cesa, y el gran rey obsequia a los visitantes con raros frutos del mar y la montaña».⁷⁰ Otra fuente nos ofrece un testimonio lírico de los comerciantes europeos que se establecían en la India: «El sol brillaba sobre las terrazas abiertas, sobre los almacenes junto al puerto y sobre las torrecillas con ventanas como ojos de ciervo. En diferentes lugares [...] lo que captaba la atención del transeúnte era la visión de las moradas [de los occidentales], cuya prosperidad nunca menguaba».⁷¹ Las *Stathmoi Parthikoi* revelan qué clase de mercancías querían los romanos en el oeste de la India, en dónde podían adquirir los comerciantes metales y minerales valiosos, como estaño, cobre, plomo y topacio, y en dónde podían encontrar con facilidad marfil, piedras preciosas y especias.⁷²

No obstante, el comercio con los puertos de la India no se limitaba a los productos originarios del subcontinente. Como han demostrado las excavaciones en el puerto egipcio de Berenice, en el mar Rojo, diversos artículos procedentes de lugares tan lejanos como Vietnam y Java encontraron camino hacia el Mediterráneo.⁷³ Los puertos occidentales y orientales de la India sirvieron como almacenes para las mercancías que llegaban de todo el este y sureste de Asia, listas para ser enviadas a Occidente.⁷⁴

Y estaban también los artículos y productos agrarios procedentes del mar Rojo, una zona comercial vibrante por derecho propio, así como el punto que conectaba el mundo mediterráneo con el océano Índico y más allá.⁷⁵

Para entonces, los acaudalados ciudadanos de Roma estaban en condiciones de permitirse los gustos más exóticos y extravagantes. Los cronistas de la época bien informados se quejaban de que el gasto rozaba lo obsceno y lamentaban las exhibiciones de exceso entonces en boga.⁷⁶ Esto es algo que capta a la perfección el *Satiricón*, de Petronio, cuya escena más famosa es el banquete de Trimalción, un liberto que ha amasado una gran fortuna. La sátira es un retrato mordaz de los gustos de los nuevos ricos. Trimalción solo se conforma con lo mejor que el dinero puede comprar: faisán importado especialmente desde la costa oriental del mar Negro, gallina pintada africana, pescados raros y costosos y pavo real, entre muchas otras cosas, y todo presentado con exceso. La escena grotesca de la aparición de un plato tras otro (el cerdo relleno de pájaros vivos que echan a volar cuando se lo trincha o los mondadientes de plata entregados a los invitados) era una parodia despiadada de la vulgaridad y los excesos de los advenedizos en la sociedad romana. Uno de los mayores auges económicos de la Antigüedad produjo una de las mayores expresiones literarias de amarga envidia hacia los nuevos ricos.⁷⁷

La nueva riqueza puso a Roma y sus habitantes en contacto con nuevos mundos y nuevos gustos. El poeta Marcial ofrece un ejemplo del internacionalismo y la ampliación de los horizontes que conoció este periodo en un poema en el que llora a una joven esclava a la que compara con un lirio virgen, el marfil pulido de la India y las perlas del mar Rojo, para a continuación señalar que su pelo es más fino que la lana bética o las trenzas rubias de las muchachas del Rin.⁷⁸ Mientras que anteriormente las parejas que deseaban concebir hijos hermosos tenían sexo rodeadas de imágenes eróticas, «ahora», informa un horrorizado autor judío, «llevan esclavos israelitas y los atan a los pies de la cama» para inspirarse (y, obviamente, porque podían permitirselo).⁷⁹ No obstante, los nuevos gustos no impresionaban a todos por igual. Más tarde Juvenal se quejaría en sus *Sátiras* de que el Tíber hubiera sido sobrepasado por las aguas del Orontes, el río que recorre Siria y el sur de Turquía; en otras palabras, la decadencia asiática había destruido las antiguas virtudes romanas: «Largo de aquí», escribe, «si te gustan las prostitutas adornadas con sombreros bárbaros».⁸⁰

Para algunos cronistas conservadores, era la apariencia de una mercancía en particular lo que provocaba escándalo: la seda china.⁸¹ La disponibilidad cada vez mayor de este textil en el Mediterráneo era causa de consternación entre los tradicionalistas. A Séneca, por ejemplo, le horrorizaba la popularidad de ese material ligero y suelto; los vestidos de seda, sostenía, difícilmente podían ser considerados indumentaria, pues no conseguían ocultar ni las curvas ni la decencia de las damas romanas. En su opinión, la seda socavaba los cimientos mismos de las relaciones maritales, pues los hombres descubrían que era posible ver a través de la fina tela, que se adhería a la forma femenina y dejaba poco a la imaginación. Para Séneca, la seda no era más que un sinónimo de exotismo y erotismo. Era imposible que una mujer dijera honestamente que no iba desnuda cuando se ponía un vestido de seda.⁸² La prueba de que otros compartían esa opinión fue que se hicieron repetidos esfuerzos para prohibir que los hombres se vistieran con ese género, incluida la aprobación de edictos. Algunos resumían la cuestión con sencillez: era una desgracia, coincidían dos destacados ciudadanos, que los varones romanos pensaran que era aceptable vestirse con ropa de seda traída de Oriente.⁸³

A otros, en cambio, la prevalencia de la seda les resulta preocupante por razones diferentes. Hacia la segunda mitad del siglo I d. C., Plinio el Viejo escribía con enfado sobre el coste elevado de un producto suntuoso cuyo único fin era «permitir a las damas romanas brillar en público».⁸⁴ El precio inflado de la seda era un escándalo, se quejaba, pues era cien veces el coste real del material.⁸⁵ Los romanos, continuaba, gastaban cada año cantidades enormes de dinero en artículos de lujo, «para nosotros y nuestras mujeres», procedentes de Asia, con lo que anualmente hasta cien millones de sestercios salían de la economía romana rumbo a los mercados de más allá de la frontera.⁸⁶

Esta cifra asombrosa representaba casi la mitad de la moneda acuñada al año en el imperio, y más del 10 por ciento del presupuesto anual. Lo extraordinario, sin embargo, es que al parecer no se trataba de una exageración. Un contrato en papiro descubierto recientemente recoge los términos de un transporte de bienes entre el puerto indio de Muziris y un puerto romano en el mar Rojo y evidencia cuán habitual se había hecho en el siglo II d. C. la importación de grandes volúmenes de mercancías. El documento establece una serie de obligaciones mutuas, explica con claridad en qué momento se considera que los bienes están en manos del propietario o del transportista y resume las sanciones correspondientes en caso de que

el pago no se efectúe en la fecha especificada.⁸⁷ Los negocios a larga distancia requerían rigor y sofisticación.

No obstante, los comerciantes romanos no pagaban solo con monedas. A cambio de textiles, especias y tintes como el añil, comerciaban con manufacturas finas de vidrio, plata y oro, así como con coral y topacio del mar Rojo e incienso de Arabia.⁸⁸ Con todo, independientemente de la forma que adoptara, una salida de capitales de semejantes dimensiones tenía que tener consecuencias trascendentales. Una fue el fortalecimiento de las economías locales a lo largo de las rutas comerciales. Las aldeas se convirtieron en pueblos y los pueblos se convirtieron en ciudades a medida que los negocios florecían y las redes de comunicación y comercio se extendían y la interconexión entre ellas aumentaba. Testimonio de ello fue la construcción de monumentos arquitectónicos impresionantes en lugares como Palmira, en el límite del desierto sirio, una ciudad que prosperó como un centro comercial que unía Oriente y Occidente. El que se haya llamado a Palmira la Venecia de las arenas no es ninguna casualidad.⁸⁹ En el eje norte-sur las ciudades también sufrieron una transformación similar, siendo el ejemplo más deslumbrante Petra, que se convirtió en una de las maravillas de la Antigüedad gracias a su ubicación en la ruta entre las ciudades de Arabia y las del Mediterráneo. Luego estaban las ferias, que, convenientemente situadas en lugares en los que las diferentes rutas se cruzaban, atraían a comerciantes que vivían a centenares o miles de kilómetros de distancia. Cada septiembre, la ciudad de Batnae, cerca del Éufrates, «se llenaba de mercaderes ricos cuando una gran multitud se congregaba en la feria para comprar y vender objetos traídos desde la India y China, así como toda clase de otros artículos que también llegaban allí por tierra y por mar».⁹⁰

Tal era el poder adquisitivo de Roma que incluso llegó a determinar el diseño de las monedas que se acuñaban en lo profundo de Asia oriental. Tras haber sido expulsados de la cuenca del Tarim por los chinos, los nómadas yuezhi habían conseguido asegurarse una posición dominante en el este de Persia, apoderándose de territorios que habían estado gobernados por los descendientes de los generales de Alejandro. Con el tiempo surgió un imperio próspero, bautizado con el nombre de uno de los grupos destacados dentro de la tribu, los guishang o kushán, que empezó a acuñar grandes cantidades de monedas siguiendo el modelo de las acuñadas en Roma.⁹¹

El dinero romano entraba a raudales en el territorio kushán a través de los puertos de la India septentrional, como Barbaricum y, sobre todo,

Barygaza, donde aproximarse y fondear era tan arriesgado que desde uno y otro puerto solían enviarse pilotos para guiar a las embarcaciones y ayudarlas a llegar a la costa. Entrar a cualquiera de los dos se consideraba extremadamente peligroso para quienes tenían poca experiencia o no estaban familiarizados con las corrientes.⁹² Una vez en tierra, los comerciantes podían comprar pimienta y especias, así como marfil y textiles, lo que incluía tanto telas de seda acabadas como seda en hilo. La zona era un emporio al que llegaban artículos de toda la India, Asia Central y China, y proporcionaba una riqueza extraordinaria a los kushán, que controlaban las ciudades oasis y las rutas de caravanas que las conectaban.⁹³

Una consecuencia de la posición dominante alcanzada por los kushán fue que, pese al volumen creciente de las importaciones y exportaciones entre el Mediterráneo y China, los propios chinos tuvieron una participación escasa en el comercio con Roma a través del océano Índico. Fue solo a finales del siglo I d. C., cuando el gran general Ban Chao dirigió una serie de expediciones que llevaron al ejército hasta el mar Caspio, cuando se decidió despachar a un enviado especial para que recabara más información acerca de la población «alta y de rasgos regulares» del poderoso imperio del oeste, al que los chinos llamaban Da Qin, «el Gran Qin». A su regreso, el enviado informó de que el Imperio Romano poseía reservas abundantes de oro, plata y piedras preciosas: era una fuente de muchas maravillas y objetos raros.⁹⁴

Las relaciones entre China y Persia se hicieron regulares y se intensificaron. Varias veces al año se enviaban embajadas, anota una fuente china, de las que al menos diez tenían como destino Persia, e incluso en periodos menos agitados se mandaban cinco o seis al oeste.⁹⁵ Por lo general, los enviados diplomáticos acompañaban a las grandes caravanas, que transportaban mercancías para el comercio y regresaban luego cargadas con productos muy solicitados en China, entre ellos las perlas del mar Rojo, el jade, el lapislázuli y productos de consumo como cebollas, pepinos, cilantro, granadas, pistachos y albaricoques.⁹⁶ El incienso y la mirra, que eran muy apetecidos, se conocían en China como «productos persas» (*Po-ssu*), cuando en realidad procedían de Yemen y Etiopía.⁹⁷ Gracias a una fuente posterior sabemos que los melocotones de Samarcanda, «tan grandes como huevos de ganso», eran considerados valiosísimos y que debido a su rico color se conocían en China como «melocotones dorados».⁹⁸

Así como los chinos tuvieron poco trato directo con Roma, el conocimiento que se tenía en el Mediterráneo del mundo más allá de la cordille-

ra del Himalaya y el océano Índico era bastante limitado, y apenas hay testimonios de la llegada de una embajada romana a la corte del emperador Huan hacia 166 d. C. El interés de Roma por el Lejano Oriente fue pasajero; los ojos del imperio estaban firmemente concentrados en Persia.⁹⁹ El país no era solo un rival y un competidor, sino un objetivo potencial por derecho propio. Incluso antes de que el control sobre Egipto estuviera consolidado, autores como Virgilio y Propertio ya hablaban con entusiasmo de ampliar la influencia romana. En un poema compuesto para ensalzar a Augusto y sus logros, Horacio no se limita a señalar el control romano del Mediterráneo, sino que habla de dominar el mundo entero, incluida la conquista de la India y China.¹⁰⁰ Hacer tal cosa implicaba avanzar sobre Persia, y esa posibilidad se convirtió en la preocupación común de varios emperadores sucesivos. Se concibieron planes grandiosos para empujar la frontera del imperio hasta el paso de montaña conocido como las puertas del Caspio, en lo profundo del territorio persa: Roma necesitaba controlar el corazón del mundo.¹⁰¹

De hecho, se hicieron esfuerzos para convertir esos sueños en realidad. En 113 d. C. el emperador Trajano dirigió personalmente una gran expedición hacia el este. Avanzando con rapidez a través del Cáucaso antes de girar hacia el sur para seguir el curso del Éufrates, conquistó Ní-sibis y Batnae, y acuñó monedas en las que se proclamaba que Mesopotamia había sido «sometida al poder del pueblo romano». Ante el desvanecimiento de la resistencia, el emperador siguió adelante y dividió en dos sus fuerzas. Las grandes ciudades del imperio persa cayeron una detrás de otra con rapidez: después de una campaña brillante que duró tan solo unos meses, los romanos habían tomado Adenistra, Babilonia, Seleucia y Ctesifonte. De inmediato se acuñaron monedas con una leyenda que no hacía concesiones de ningún tipo: «PERSIA CAPTA», Persia ha sido conquistada.¹⁰² A continuación Trajano marchó hacia Charax, la moderna Basora, en la costa del golfo Pérsico, a donde llegó justo cuando un barco mercante zarpaba rumbo a la India. El emperador miró la embarcación con melancolía: si fuera tan joven como Alejandro Magno, reflexionó, se embarcaría rumbo al Indo.¹⁰³

Habiendo diseñado los planes para la creación de las nuevas provincias de Asiria y Babilonia, Roma parecía estar lista para iniciar un nuevo capítulo de su historia, uno en el que la expansión de las fronteras la llevaría hasta el valle del Indo y a las puertas de China. Sin embargo, el triunfo de Trajano se reveló efímero: en las ciudades de Mesopotamia ya se estaba produciendo un contraataque feroz antes de que el emperador sufriera

el edema cerebral que acabó con su vida, mientras que en Judea estalló una revuelta que se propagó con rapidez y requirió atención inmediata. No obstante, sus sucesores siguieron centrando su interés en Persia, y prueba de ello es que fue allí donde se concentró el gasto militar del imperio. Roma seguía con intenso interés todo lo que ocurría en la frontera, y más allá de ella.

En marcado contraste con las provincias europeas del imperio, los emperadores realizaban con regularidad campañas en Asia, aunque estas no siempre resultaban exitosas. En 260 d. C., por ejemplo, el emperador Valeriano fue hecho prisionero y «vivió el resto de su vida en una humillante servidumbre», sirviendo como taburete humano al rey persa, que «cuando deseaba subir al carro o montar a caballo mandaba al romano que se postrase y le ofreciese la espalda». Cuando murió «fue despellejado y, tras separarle las vísceras de la piel, tiñeron esta con un líquido rojo y la colgaron en el templo de los dioses bárbaros a fin de que sirviese de conmemoración de tan brillante victoria y, a nuestros embajadores, la contemplación de los despojos de este emperador cautivo en el templo de los dioses bárbaros les sirviese de advertencia perenne».¹⁰⁴ Exhibido de esta forma, Valeriano se convirtió en recordatorio de la locura y la deshonra de Roma.

Resulta irónico que el crecimiento y la ambición de Roma tuvieran precisamente el efecto de contribuir a galvanizar a los persas. Por un lado, Persia se benefició enormemente del comercio a larga distancia entre Oriente y Occidente, lo que a su vez sirvió para que el centro de gravedad político y económico del país cambiara y se alejara del norte. Antes, la prioridad había sido estar cerca de las estepas con el fin de negociar reses y caballos con las tribus nómadas y supervisar los contactos diplomáticos necesarios para evitar atenciones y demandas no deseadas de los temibles pueblos esteparios. Fue esta la razón por la que ciudades oasis como Nisa, Abivard y Dara se hicieron importantes y se convirtieron en sedes de magníficos palacios reales.¹⁰⁵

Con las arcas centrales repletas gracias a los impuestos y las tasas de tránsito que se cobraban al comercio local y a larga distancia, los persas pudieron embarcarse en grandes proyectos de infraestructura. Uno de esos proyectos fue la transformación de Ctesifonte, en la ribera oriental del Tigris, en Mesopotamia central, en una capital nueva y digna de respeto; otro, una fuerte inversión en puertos del Golfo como Characene para que estuvieran en condiciones de manejar el volumen creciente del tráfico marítimo, del que no todo tenía como destino Roma: durante los siglos I y

II d. C. se había desarrollado un próspero comercio de exportación de cerámica vidriada persa a la India y Sri Lanka.¹⁰⁶

Con todo, el efecto más significativo de la atención militar de Roma fue que promovió una revolución política. Ante la intensa presión de su vecino, Persia experimentó una transformación de enorme importancia. Hacia 220 d. C. surgió una nueva dinastía, la de los sasánidas, con una visión nueva y estridente, pues entre sus requisitos estaba quitar la autoridad a los gobernadores provinciales (que salvo por el nombre, se habían vuelto independientes) y concentrar el poder en el centro. Una serie de reformas administrativas permitió reforzar el control sobre casi cualquier aspecto del estado: dado que el rendimiento de cuentas se consideraba prioritario, los funcionarios persas recibieron sellos para registrar sus decisiones, lo que permitía rastrear la responsabilidad de toda medida y garantizaba la transmisión fidedigna de la información. Los muchos miles de sellos que han llegado hasta nosotros demuestran cuán lejos llegó esta reorganización.¹⁰⁷

Se regularon el comercio y los mercados, y una fuente indica, por ejemplo, que se asignaron zonas específicas en los bazares a los productores y los comerciantes, muchos de los cuales estaban organizados en gremios. Esto facilitaba la labor de los inspectores que debían asegurarse del cumplimiento de los estándares de calidad y cantidad y, sobre todo, del cobro eficiente de las obligaciones tributarias.¹⁰⁸ La atención prestada a los entornos urbanos, que era donde tenían lugar la mayoría de los intercambios comerciales, se extendió al mejoramiento de los sistemas de suministro de agua, que en algunos casos se ampliaron varios kilómetros para aumentar los recursos disponibles y posibilitar un mayor crecimiento urbano. Se fundaron incontables ciudades nuevas, algo atestiguado por un texto persa posterior, pero basado en fuentes de la época, que da cuenta del auge del desarrollo urbano que experimentaron Asia Central, la meseta iraní y Oriente Próximo.¹⁰⁹

En Juzestán y en Irak se emprendieron programas de irrigación a gran escala como parte de un intento deliberado de estimular la producción agraria, lo que a su vez debió de traducirse en un descenso de los precios de los alimentos.¹¹⁰ Los hallazgos arqueológicos revelan que los paquetes de mercancías eran inspeccionados antes de la exportación, y hay materiales textuales que demuestran que en las oficinas del registro se sellaban y guardaban copias de los contratos.¹¹¹ La incorporación en Persia propiamente dicha de las ciudades y territorios que durante la mayor parte de los últimos dos siglos habían estado sometidos a los kushán también contribuyó a intensificar el comercio con el este.¹¹²

Sin embargo, al mismo tiempo que Persia remontaba el vuelo, Roma empezaba a tambalearse. Los sasánidas no eran el único problema: hacia 300 d. C. toda la frontera oriental del imperio, que iba desde el mar del Norte hasta el mar Negro y desde el Cáucaso hasta el extremo meridional de Yemen, estaba bajo presión. Había sido construido sobre la expansión y lo protegía un ejército bien adiestrado, pero cuando el crecimiento territorial se redujo —como consecuencia de alcanzar las fronteras naturales que suponían el Rin y el Danubio en Europa y los montes Tauro y Antitauro al oriente de Asia Menor— Roma pasó a ser la clásica víctima del propio éxito y se convirtió en el objetivo de quienes vivían más allá de sus fronteras.

Para intentar corregir el preocupante desequilibrio entre las menguantes rentas tributarias y los costes cada vez mayores de defender las fronteras, se adoptaron medidas desesperadas, lo que inevitablemente causó grandes protestas. Un cronista lamentaba que el emperador Diocleciano, que intentó lidiar de forma agresiva con el déficit fiscal, creara problemas en lugar de resolverlos: «Llevado por la codicia y la ansiedad, puso el mundo entero patas arriba». ¹¹³ Se realizó una revisión radical de los activos imperiales, el preludio de la reforma del sistema fiscal. Con este fin se enviaron representantes oficiales a todos los rincones del imperio, donde los tasadores se presentaban sin previo aviso para contar cada parra y cada árbol de fruta con el objetivo de aumentar la recaudación. ¹¹⁴ Se promulgó un edicto que fijaba los precios en todo el territorio del imperio tanto de los productos básicos como de ciertas importaciones de lujo, como las semillas de sésamo, el comino, el rábano picante y la canela. Un fragmento de la norma, descubierto recientemente en Bodrum, evidencia cuán lejos pretendió llegar el estado con esta medida: los recaudadores romanos establecieron precios máximos para al menos veintiséis tipos diferentes de calzado, desde las sandalias para mujer bañadas en oro hasta zapatos «púrpuras de tacón bajo de estilo babilonio». ¹¹⁵

Llegado el momento, el esfuerzo de restablecer el imperio terminó desgastando a Diocleciano, que se retiró a la costa de Croacia para dedicar su atención a cuestiones más agradables que los asuntos de estado. «Me gustaría que vinieras a Salona», le escribió a uno de sus antiguos colegas, «y vieras las coles que he plantado yo mismo»; son tan impresionantes, continuaba, que «es posible que nunca vuelva a verme tentado por la perspectiva del poder». ¹¹⁶ Mientras que Augusto se había hecho representar como un soldado (en la famosa y espléndida estatua hallada en Prima Porta, a las afueras de Roma), Diocleciano prefería presentarse como

un granjero. Eso resumía muy bien el cambio que habían sufrido las ambiciones de Roma a lo largo de trescientos años: de plantearse la posibilidad de expandirse hasta la India a dedicarse el cultivo de hortalizas dignas de concurso.

Y mientras los romanos consideraban con nerviosismo sus opciones, una potente tormenta había empezado a formarse. Fue el emperador Constantino el que pasó a la acción. Hijo de una de las figuras destacadas del imperio, Constantino era un hombre ambicioso y capaz, con cierta habilidad para encontrarse en el momento justo en el lugar indicado. Tenía una visión acerca de lo que Roma necesitaba hacer que era tan clara como sobrecogedora. El imperio necesitaba un liderazgo fuerte: eso era obvio para todos. Pero el plan de Constantino no preveía solo concentrar el poder en sus manos, sino que era más radical: quería construir una nueva ciudad, una nueva perla en el collar que unía el Mediterráneo con Oriente. La ubicación elegida para ella difícilmente podía ser más apropiada: el punto en el que Europa y Asia se encuentran.

Los rumores de que Roma pensaba trasladar la sede del poder imperial habían circulado muchas veces. Según una fuente romana, Julio César se planteó establecer la capital en Alejandría, o bien en Asia Menor, donde se alzaba la antigua Troya, lugares que consideraba mejor situados para gobernar, pues se encontraban allí donde Roma tenía sus intereses.¹¹⁷ Finalmente, a comienzos del siglo IV d. C., los rumores se hicieron realidad con la fundación de una ciudad magnífica en el cruce de Europa y Asia, toda una declaración acerca de dónde estaba centrada la atención del imperio.

A orillas del Bósforo, en el lugar en el que se encontraba la antigua ciudad de Bizancio, se construyó una metrópolis cuyo esplendor no solo rivalizaría con el de Roma, sino que con el tiempo lo superaría. Se levantaron palacios inmensos y también un hipódromo para las carreras de carros. En el centro de la ciudad se instaló una columna inmensa, hecha a partir de un único bloque de pórfito, coronada por una estatua del emperador mirando hacia abajo. La nueva ciudad fue bautizada como Nueva Roma, pero pronto se hizo famosa como la ciudad de su fundador, Constantino: Constantinopla. Allí se crearon instituciones paralelas que reproducían las de la ciudad matriz, incluido el Senado, cuyos miembros eran mirados con desdén por quienes los consideraban nuevos ricos: hijos de artesanos del cobre, empleados de los baños, fabricantes de salchichas, etc.¹¹⁸

Constantinopla iba a convertirse en la ciudad más grande y significativa del Mediterráneo, eclipsando a sus pares en tamaño, influencia e importancia, y con gran diferencia. Aunque muchos estudiosos modernos rechazan con vehemencia la idea de que la intención de Constantino era que la ciudad se convirtiera en la nueva capital imperial, los recursos invertidos con prodigalidad en ella cuentan su propia historia.¹¹⁹ Constantinopla estaba situada en una posición dominante respecto a varias rutas clave, en particular el tráfico marítimo del mar Negro, y también era un centro privilegiado para estar al tanto de los acontecimientos que estaban teniendo lugar tanto en el este como en el norte, en los Balcanes y hacia la llanura panónica, donde ya germinaban graves problemas.

En la Antigüedad, el horizonte de la enorme mayoría de la población era decididamente local: el comercio y las interacciones entre la gente tenían lugar a distancias cortas. No obstante, las redes de las distintas comunidades se entretejían unas con otras para crear un mundo complejo en el que los gustos y las ideas eran moldeados por productos, principios artísticos e influencias originados a kilómetros de distancia.

Hace dos mil años, las sedas hechas a mano en China eran usadas por los ricos y poderosos de Cartago y otras ciudades del Mediterráneo, mientras que la cerámica manufacturada en el sur de Francia podía encontrarse en Inglaterra y en el golfo Pérsico. Las especias y los condimentos cultivados en la India se empleaban por igual en las cocinas de Xinjiang y en las de Roma. Mientras que en el norte de Afganistán había edificios con inscripciones en griego, los caballos de Asia Central eran motivo de orgullo para los jinetes que los montaban a miles de kilómetros de distancia hacia el este.

Imaginemos la vida de una moneda de oro de hace dos mil años: acuñada posiblemente en una ceca provincial, esa moneda se utilizaba inicialmente como parte del salario de un joven soldado que, a su vez, la usaba para comprar bienes en la frontera septentrional del imperio, en Inglaterra; la moneda regresaba luego a Roma en los cofres del funcionario imperial enviado a recaudar impuestos, antes de pasar a las manos de un comerciante que viajaba rumbo a Oriente y la usaba para pagar la producción agraria que compraba a unos mercaderes que habían acudido a vender sus provisiones en Barygaza. Allí, la manufactura de la moneda era motivo de admiración y era mostrada a algún jefe del Hindú Kush, que asombrado por su diseño, forma y tamaño mandaba copiarla a un grabador acaso oriundo de Roma, de Persia, de la India o de China, o incluso quizá a algún lugareño que había aprendido las destrezas necesarias para

hacer el trabajo. Este era un mundo conectado, complejo y hambriento de intercambios.

Es fácil moldear el pasado para darle una forma que nos resulte conveniente y accesible. Sin embargo, el mundo antiguo era mucho más sofisticado y estaba mucho más interconectado de lo que en ocasiones nos gusta pensar. La idea de Roma como progenitora de Europa occidental pasa por alto el hecho de que Roma miró sistemáticamente hacia el este y en muchos sentidos fue moldeada por influencias orientales. El mundo de la Antigüedad fue el precursor del mundo que hoy conocemos en innumerables aspectos: vibrante, competitivo, eficaz y enérgico. Una serie de ciudades formaban una cadena que recorría Asia entera. El oeste había empezado a mirar al este, y el este había empezado a mirar al oeste. Junto con el creciente tráfico que conectaba la India con el golfo Pérsico y el mar Rojo, las rutas de la seda de la Antigüedad rebosaban vitalidad.

Los ojos de Roma se posaron fijamente en Asia desde el momento en que se transformó de república en imperio. Y lo mismo le ocurrió también a su alma, pues Constantino (y con él, todo el imperio) había encontrado a Dios, y la nueva fe procedía también del este. Lo sorprendente, sin embargo, era que no había nacido en Persia o en la India, sino en una provincia poco prometedora en la que, tres siglos antes, Poncio Pilato se había hecho tristemente célebre como gobernador. El cristianismo estaba a punto de diseminarse en todas las direcciones.